

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- 5 Recibir al extranjero**
- María Luisa Malbrán de Gowland* **7 El Buen Samaritano o el extranjero que sabe hacerse prójimo**
- Fernando J. Devoto* **21 Inmigración europea e identidad nacional en las imagenes de las elites argentinas**
- Roberto Benencia* **36 Argentina: la problemática social de la migración de limítrofes**
- Alfredo Telxeira* **49 El extranjero, un signo de los tiempos
Perspectivas sobre la realidad europea**
- Víctor Fernández* **59 La mística de estar atento al otro**
- Carlos Hoewel* **75 Sobre la experiencia "del otro" y el teatro**

Inmigración europea e identidad nacional en las imágenes de las elites argentinas (1850-1914)

por Fernando J. Devoto*¹

Setenta años de inmigración masiva, en proporciones que casi ningún país del mundo había conocido, habían cambiado el rostro de la Argentina al cambiar el de sus habitantes. Baste señalar aquí que en 1914 fecha del III censo Nacional un 30% de la población argentina era extranjera, aproximadamente el doble que el porcentual de los Estados Unidos para 1910, y que ello significaba que entre los varones adultos de las ciudades del litoral esa proporción trepaba al 60 o 70%². Ciertamente, aunque esos cambios se debían más a la combinación de condiciones macroestructurales en las economías atlánticas con estrategias microsociales de los mismos inmigrantes, esa transformación había sido deseada primero y promovida luego por una generación de intelectuales que, como pocas otras, pudo imaginar primero, y llevar a cabo después, un programa de reformas radicales de la sociedad argentina que incluía como llave maestra a la inmigración europea.

El programa más radical de transformación fue, seguramente, el que Juan Bautista Alberdi diseñara en el momento mismo de derrumbe del rosismo en su libro "Bases y puntos de partida para la organización nacional" de 1852: el libro ha sido sintetizado, con propósitos escolares, en una frase que resumiría el ideario alberdiano: "gobernar es poblar"³. Fórmula que, en realidad, sugiere al lector avisado, inmediatamente otra: poblar es civilizar. En el pensamiento de Alberdi, todo esfuerzo de transformación de la Argentina sería inútil si no se lograba cambiar de cuajo los rasgos de una sociedad atrasada, a través del cambio del actor que hacía posible ese atraso: los nativos. La inmigración europea sería el nuevo actor que posibilitaría implantar nuevos hábitos y nuevos comportamientos que, a través del

*¹ -Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires

² - T.S. Di Tella, *Argentina: una Australia italiana? L'impatto dell'emigrazione sul sistema politico argentino*, en B. Bezza (comp.), *Gli italiani fuori d'Italia*, Milan, F. Angeli, 1983, pp. 410-451.

³ - J. B. Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización politica de la República Argentina*, Buenos Aires, 1953.

ejemplo cotidiano (la educación por las cosas), serían luego imitados por los nativos. Se trataba pues de sustituir una población por otra. El papel de la inmigración era entonces mucho más vasto que el de proveer mano de obra (o si se prefiere fuerza de trabajo) para una economía en expansión. Mucho más que eso, la inmigración debía cambiar a la Argentina. Para ello es claro que aquella importación de inmigrantes debía proceder de la Europa más desarrollada y no de aquella más arcaica, cuya incorporación difícilmente haría algo más que reproducir hábitos y comportamientos ya existentes.

Si el programa alberdiano anunciaba ya la transformación de raíz de una identidad nacional (entendida aquí no sólo como una autoidentificación sino como un carácter o una cultura) y su sustitución por otra, el proyecto que formulaba el otro gran intelectual reformador argentino, Sarmiento, propondría una futura transformación que, aunque a través de una conceptualización diferente, no era menos radical que la precedente. Señaladamente en un conjunto disperso de artículos breves, de los cuales los más conocidos son aquellos textos que se centran en la experiencia de una colonia agrícola de la provincia de Buenos Aires, Chivilcoy, en la que Sarmiento creía ver delineado el rostro de la futura Argentina⁴. Así lo definió en otra frase propicia para pedagogías escolares, cuando asumió como Presidente de la Nación: construir cien Chivilcoy. En su diseño, también los inmigrantes eran los actores de un cambio, pero no en su condición alberdiana de portadores de un conjunto de hábitos y valores especiales, sino en tanto ellos serían los brazos de una agricultura cuyo poder de transformación sería extraordinario ya que eliminaría al verdadero enemigo de la civilización y el progreso: el desierto. Sin dudas esa extensión arrastraría también a la del gaucho, por un lado y a la del señor feudal ganadero, por el otro, pero estos eran menos el factor principal del proceso que se aspiraba a sustituir que el resultado de aquella carencia de sociabilidad que la despoblación y las grandes distancias hacían posible. En ese contexto no necesitaba Sarmiento de un tipo de inmigrantes particulares (si ellos no eran modernos, sus hijos lo serían a través de ese instrumento transformador que era para el autor del "Facundo", la escuela pública). La nueva identidad argentina sería así hija del triunfo de la ciudad sobre la campaña, de la sociedad por sobre el aislamiento, de la agricultura por sobre la ganadería, de las luces (producto de la educación) por sobre las tinieblas.

La inmigración jugaría un papel central en otro gran intelectual argentino, el fundador de la historiografía argentina, Bartolomé Mitre. La formulación sería con todo diferente. Si la inmigración era ausplicable, no lo era para transformar una realidad y crear un nuevo país, sino para integrarse al ya existente. El rostro de esa nación aparecía delineado en esa obra fun-

4 - D.F. Sarmiento, *Chivilcoy agrícola y Chivilcoy Programa*, ambos en *Obras Escogidas* (en adelante OE), Buenos Aires, 1917, t. XV, pp. 60-76 y 258-267; también *Chivilcoy y el camino de hierro*, en OE, t. XVII, pp. 144-151.

dante del ciclo interpretativo dominante (o si se prefiere de la mitología hegemónica) de nuestro pasado que era la biografía de Belgrano, que sucesivas ediciones convertirían en la Historia de Belgrano y de la Independencia argentina. Cuando su autor se vio obligado a realizar un nuevo prólogo veinte años después de la segunda edición, en 1877, en los cuales nuevos motivos historiográficos positivistas buscaban encontrar su lugar, reveló con gran claridad el papel que atribuía a la inmigración⁵. Esta era constitutiva de la excepcionalidad de la experiencia argentina, pero no desde mediados del siglo XIX sino desde sus mismos orígenes. Era, entre otros aspectos, la de haber sido tierra de inmigración, desde sus mismos momentos iniciales -ante la inexistencia de una densa población indígena-, lo que redimía a los ojos de Mitre el pasado colonial y lo que le permitía esbozar una continuidad entre el mismo y el futuro destino de excepción que le correspondía a la Argentina.

Aunque ninguna cesura puede establecerse en 1852 en el tema inmigratorio.

No es menos cierto que las décadas sucesivas a la caída de Rosas verán un crecimiento abrupto de la población inmigrante. Ninguna preocupación sería parecía ensombrecer todavía en las élites, los optimistas pronósticos sarmientino y alberdiano, aún cuando los inmigrantes no fueran, principalmente de la Europa más modernizada. A riesgo de una abusiva esquematización, podríamos decir que las élites argentinas estaban más interesadas por las ventajas de la transformación que se operaba y menos por las posibles consecuencias negativas que podían implicar rupturas tan radicales con el pasado. El tema del progreso y no el de la identidad nacional eran el principal punto de la agenda del núcleo de las élites argentinas.

Las cosas comenzarán a cambiar en la década de 1880, cuando el proyecto diseñado treinta años antes parece estar en plena realización y el ingreso de inmigrantes llega a niveles muy elevados que en el quinquenio 1881-86 duplican al del quinquenio precedente y en la segunda mitad de esa década lo quintuplican⁶. En plena euforia de la generación del ochenta, es el momento de hacer un primer balance. El mismo no es, en la perspectiva de buena parte de la dirigencia argentina, plenamente satisfactorio y en esa insatisfacción un rol de significación lo ocupan los problemas de la identidad nacional y la nacionalidad que ha planteado la avalancha migratoria europea.

Veamos ante todo a nuestros dos intelectuales Sarmiento y Alberdi (Mitre en cambio conserva un sólido optimismo y la tercera edición de su *Belgrano* de 1877 abre como un pórtico optimista el nuevo período de la historia argentina). El autor del *Facundo* ha venido expresando ya desde hace

5 - B. Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires, 1967, I, pp. 11-77.

6 - Dirección General de Inmigración, *Resumen estadístico del Movimiento Migratorio en la República Argentina, 1857-1924*, Buenos Aires, 1925.

años su disconformidad ante situaciones que conciernen a las actitudes de los inmigrantes que lo alarman. Su visita a las colonias agrícolas santafecinas le revela una situación mucho menos optimista que la que había creído poder deducir del caso de Chivilcoy. Divisiones por comunidades nacionales y religiosas signan la vida cotidiana de muchas de ellas. Por lo demás, ello no es más que el reflejo de un tenaz apego de los inmigrantes a la identidad de origen, que Sarmiento percibe en la resistencia a tomar la ciudadanía argentina y más en general en interesarse en los asuntos del país. El tema de la escisión entre productores y ciudadanos le parece increíblemente grave ya que impide la regeneración del sistema político. Aquellos sectores cuya sensatez moderadora mesocrática debía derivar de su condición de propietarios, se niegan a involucrarse en lo que crecientemente irá definiéndose (negativamente) como "política criolla".

La educación, remedio de tantos males, no puede aquí cumplir su misión eficaz ya que, varias comunidades y sobre todo los italianos multiplican sus escuelas (ligadas al vastísimo movimiento asociativo mutualista) en las que intentan educar "italianamente" a sus hijos. Qué es eso de educar italianamente se pregunta Sarmiento y la realización de un Congreso pedagógico italiano (es decir de las escuelas italianas en Argentina) en 1881, un año antes del que organizaría el gobierno argentino para reformar la educación, lo alarma y lo lleva a una sonada polémica periodística con las élites de aquella comunidad⁷. Por lo demás, el sólido optimismo ha cedido paso a una visión negativa más general que permea su obra inconclusa *Conflicto y armonía de las razas en América*⁸. Habiendo adquirido ahora Sarmiento motivos derivados del determinismo social, su explicación del proceso histórico deviene racial y suple aquella pluralidad de causas geo-espaciales, culturales, sociales que habían predominado en sus obras más tempranas. En lo que a nosotros interesa, ello significaba, en él, una idea mucho más negativa del núcleo racial originario, surgido de esa inconveniente mezcla de indígenas, negros y españoles y de la profundidad de la resistencia a los cambios que el mismo podía plantear. Pero la integración de aquellos espurios elementos con los nuevos llegados no dejaba de plantear problemas graves, por la actitud de los inmigrantes, pero también por las dificultades más generales inherentes a las relaciones entre las distintas razas -entre las cuales, en un curioso acercamiento al motivo alberdiano, las anglosajonas devenían las verdaderas portadoras del progreso⁹. En consecuencia, la pregunta acerca de si la Argentina era verdaderamente una nación y si efecti-

7 - D.F. Sarmiento, *Los extranjeros en las elecciones*, OE, t. XII, pp. 228-235; *Las colonias*, en OE, t. XVI, pp. 218-234; Los artículos en *El Nacional* contra las escuelas italianas de 1881 se encuentran recopilados en Id., *Condición del extranjero en América*, Buenos Aires, La Facultad, 1928.

8 - D. Sarmiento, *Conflicto y armonías de las razas en América*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1915.

9 - N. Botana, *La tradición republicana*, Buenos Aires, 1984, pp.430-441.

vamente existían los argentinos, y desde cuando, concluía en esa imagen pesimista de un proceso inacabado o malogrado en tanto aquella amalgama no había terminado de producirse.

El itinerario de Alberdi era, mirado desde su punto final, más optimista. Perduraba en él la ilusión de los cambios que para la sociedad argentina traerían los inmigrantes europeos. Tal vez no bastaran para modificar rápidamente el sistema político (solo lo lograría la lenta maduración que permitiría pasar con el tiempo de la república posible a la república verdadera). Pero tampoco podía servir para acelerarlo la pedagogía cívica. El patriotismo, salvo en algún momento de exaltación, no le generaba más que antipatías y ellas eran perceptibles en su aversión hacia modelos educativos e historiográficos como el prusiano. Por el contrario su proyecto parecía ser precisar y reforzar aquellas convicciones iniciales. Así buscó demostrarlo en su biografía por encargo de un inmigrante ejemplar, originario de Massachusetts, William Wheelwright, en quien veía la encarnación de las virtudes transformadoras de la inmigración¹⁰. Claro está que ahora su pensamiento se inclinaba mucho más hacia la selección de la inmigración, reforzando su convencimiento en las ventajas de los anglosajones, ya que como escribió, cada inmigrante del norte valía por tres del sud de Europa.

Las ideas de Alberdi y Sarmiento no eran sólo las de ellos: eran compartidas por muchos otros miembros de la elite; también lo eran las posibles soluciones que aquellos diagnósticos sugerían, la política migratoria selectiva y la educación pública. Una serie de trabajos y memorias desde fines de los setenta insistía en la necesidad de reorientar la política migratoria consagrada en la ley de 1876 en un sentido más activo, para promover la inmigración de otros grupos europeos en consonancia con aquel ideal de importar personas de la parte más avanzada de Europa¹¹. El objetivo de esta campaña eran claramente los italianos, que se habían constituido en el grupo largamente predominante, y eran un grupo bajo sospecha no primordialmente por razones culturales y económicas, sino porque de hecho parecían haberse convertido en una amenaza dado su número, su poca disposición a integrarse y la fortaleza de sus instituciones étnicas. Pero preocupaba también su presencia pública impulsada por sus elites institucionales anticlericales, en manifestaciones y mítines, ante todo para celebrar a sus héroes, Mazzini y Garibaldi, pero también en ocasiones para apoyar a los grupos de las élites argentinas ideológicamente afines, como en ocasión de las disputas acerca de las leyes laicas de la década de 1880.

El súbito descubrimiento de una "cuestión nacional" generada por la inmigración masiva llevaría a proponer tímidamente el uso de una pedagogía cívica intensa desde la escuela pública. El programa de reforma de los

10- J.B. Alberdi, *La vida y los trabajos industriales de William Wheelwright*, en *Obras Completas*, Buenos Aires, 1887, t. VIII.

11- F. Devoto, *Estudios sobre la emigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX*, Nápoles-Sassari, 1991, cap. 2.

planes de estudio de los colegios nacionales, elaborada por Filemón Posse hacia fines de los ochenta para imprimir un carácter nacional a la educación a través del otorgamiento de un fuerte peso a la enseñanza de la historia argentina, era un síntoma de ello. No debería con todo generalizarse, esas disposiciones nunca constituyeron en esos años un todo coherente, sino que eran anticipaciones de propuestas que se harán dominantes en las décadas sucesivas. Como bien observaron Barbero y Roldán, en los años ochenta la idea de utilizar una pedagogía cívica para resolver los problemas de identidad nacional que podían crear los inmigrantes no era en ningún modo mayoritaria. En el largo y disputado debate parlamentario acerca de la ley 1420 de 1884, que crearía la educación universal, laica y obligatoria, ninguno de los participantes hizo apelaciones a la existencia de una cuestión migratoria¹².

Las aprehensiones que generaba la masiva presencia inmigratoria europea no concernían únicamente al problema de la identidad nacional sino que planteaban lo que era juzgado como dos amenazas más inmediatas para el estado argentino y para la élite dirigente. ¿En qué medida las comunidades inmigrantes constituían potenciales quintas columnas en el territorio argentino que amenazaban su integridad? La pregunta acerca de esa amenaza, independientemente de su efectiva peligrosidad, no dejó de formularse en numerosas ocasiones en los años ochenta y constituirá parte de un problema conexo al de la identidad: el de la nacionalidad en términos jurídicos. Es decir, la inevitable tensión que generaba el *ius sanguinis* de las naciones de origen con el *ius solis* de los países de inmigración. Buscando solucionar ese problema y a la vez mejorar el funcionamiento del sistema político, cuyos males se suponía derivaban de aquella dicotomía entre productores y ciudadanos que excluía de la participación formal a las clases medias inmigrantes -y tratando también de dar respuesta a la fuerte demanda de las elites de las colectividades extranjeras-, es que surgieron hacia el fin de la década de 1880 un conjunto de iniciativas que proponían nacionalizar automáticamente a todos los extranjeros y de cuya amplitud dan cuenta trabajos recientes¹³. Claro está que una tal iniciativa no gozaba del favor de los gobiernos europeos, ni del de las élites comunitarias que se inclinaban hacia otra solución: la adquisición de los derechos políticos sin la pérdida de la ciudadanía de origen.

La segunda amenaza que percibían las elites dirigentes las afectaba aún más directamente: era acerca de su misma supervivencia como elite social imaginariamente asediada por el ascenso social de algunos de entre la muchedumbre de extranjeros recién arribados. Ello llevaba indudablemente a fortalecer en la retórica de la misma su carácter de antiguos residentes

12- M.I. Barbero-D. Roldán, Inmigración y colonización (1880-1910). La escuela como agente de integración, en "Cuadernos de Historia Regional", III, 9, 1987, pp. 74-76.

13 - R. Gandolfo, Inmigrantes y política en Argentina: la Revolución del 90 y la campaña en favor de la naturalización automática de residentes extranjeros, en "Estudios Migratorios Latinoamericanos", a. 6, n. 17, 1991, pp. 23-56.

lo que los llevaría a definirse como un patriciado¹⁴. La oposición entre antiguos pobladores, a quienes esperaba la preeminencia simplemente por el hecho de haber siempre estado allí -lo que no era por lo demás cierto, buena parte de las familias que por entonces parecían tradicionales habían llegado sólo a fines del siglo XVIII-, y advenedizos surgía con fuerza en la novela naturalista del ochenta, en especial en Julián Martel, que con "La Bolsa" (largamente inspirada en "La France Juive" de Drummond) anticiparía un largo ciclo antisemita de una parte de la cultura letrada argentina, y en Eugenio Cambaceres que "En la sangre" (no diversamente a Antonio Argerich en "Inocentes o Culpables") expondría una extensa serie de prejuicios hacia el inmigrante italiano¹⁵.

Los finales de la década de los ochenta resumen entonces algo que podríamos denominar un primer conjunto de motivos en torno a la inmigración y la nación, la identidad, la nacionalidad; consagran, además, un primer momento de instauración de una pedagogía de las estatuas, y más en general de los "lugares de memoria", en respuesta a aquella instaurada por las elites inmigrantes¹⁶. Joaquín V. González consideró ya entonces necesario apelar a "construir" La tradición nacional, y Francisco Ramos Mejía redescubrió, alabándolas, las potencialidades democráticas que escondía la herencia española y el legado colonial¹⁷. Sin embargo, todas esas iniciativas fecundarían, en mi opinión, sólo posteriormente, ya que entonces no constituyeron un movimiento unívoco ni de amplitud suficiente como para sostener un cambio concreto de políticas. La temática antinmigratoria de la literatura naturalista dio paso en los noventa a narraciones que, inversamente, reencontraban todas las virtudes originariamente atribuidas a los inmigrantes europeos, aún del sur¹⁸. Las reformas educativas continuaron sin rumbo definido; el proyecto de nacionalización compulsiva de los inmigrantes siguió discutiéndose sin resultados concretos; la política de apoyar una inmigración subsidiada que cambiara su perfil se hundió ante las dificultades financieras del 90 -y ante la decepción que en muchos funcionarios provocaban los recién llegados por esas vías que pronto fueron definidas como "artificiales"¹⁹-; la discusión sobre la identidad y la integración de los inmigrantes siguió pre-

14- La idea de la élite como patriciado ha sido tematizada admirablemente en sede historiográfica por un historiador uruguayo, a propósito del caso similar de la Banda oriental. Cfr. C. Real de Azua, *El patriciado uruguayo*, Montevideo, Banda Oriental, 1965. Para el caso argentino una precisa caracterización de que entendía la propia élite por ello en los capítulos iniciales de C. Ibarguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Dictio, 1977.

15 -J. Martel, *La bolsa*, Buenos Aires, 1975; E. Cambaceres, *En la sangre*, Buenos Aires, 1967; A. Argerich, *Inocentes o culpables*, Buenos Aires, 1884.

16 -L.A. Bertoni, *Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891n*, en "Boletín de Instituto de Historia Argentina y Americana E. Ravignani", Tercera serie, n. 5, 1992, pp. 77-111.

17-J.V. González, *La tradición nacional*, Buenos Aires, 1912 (primera edición 1889); F. Ramos Mejía, *El federalismo argentino*, Buenos Aires, 1887.

18- En especial A. Saldías, Bianchetto: *La patria del trabajo*, Buenos Aires, 1896 y F. Grandmontagne, Teodoro Foronda: *Evoluciones de la sociedad argentina*, Buenos Aires, 1896. Sobre el tema, cfr. E. Fishburn, *The portrayal of Immigration in Nineteenth Century Argentine Fiction (1845-1902)*, Berlín, 1981.

sente, pero sin poder orientar acciones concretas. Finalmente, lo que impulsó esa ambigüedad fue tal vez la tenacidad del mito civilizador y transformador, que se asociaba con la inmigración, y continuaba siendo más fuerte (o tan fuerte) como los prejuicios y las ansiedades que provocaba, y a que el tema de la nación era ahora sí un punto de la agenda de las elites nativas, pero todavía compensado por el del progreso.

Con el tránsito hacia el nuevo siglo se hicieron más intensas las voces que desde la elite requerían políticas más activas. En una discusión en las Cámara de Diputados, Marco Avellaneda recitaría todos los argumentos de un nacionalismo de estirpe herderiana que identificaba raza, lengua y cultura y reclamaba la implantación obligatoria y excluyente del idioma nacional en las escuelas. Que "la amplia y sonora lengua española es el idioma de nuestra raza"²⁰ preanunciaba no sólo la pronto reconciliación con la cultura española, sino también las dificultades de una elite para sostener lo que había sido parte de programa de la generación de 1837: la construcción de una nueva lengua que fuera resultado de una creación histórica que expresara la singularidad de la nueva nación.

De alguna manera el lento cambio de percepción de los inmigrantes como clases laboriosas al de clases potencialmente peligrosas, simultáneamente por la discusión sobre un nuevo sistema electoral y sobre la permanencia de los extranjeros. El proyecto de reforma uninominal propuesto en 1901 por el Ministro del Interior Joaquín V. González, en el que volvía a sostener la idea del voto de los extranjeros propietarios, aún sin haberse nacionalizado, fue hundido en ese apartado por un Congreso que temía ahora más el potencial papel de los agitadores que los beneficios del voto propietario. La sanción de la ley de residencia al año siguiente, que daba la discrecionalidad al Poder Ejecutivo de expulsar a cualquier extranjero considerado peligroso, volvía a confirmarlo.

La década larga comprendida entre principios de siglos y la primera guerra mundial fue el momento de apogeo de la inmigración europea en la Argentina.

El origen del flujo se diversificó y tras españoles e italianos aparecían ahora otros grupos que Juan Alsina, el antiguo director de migraciones, en un conocido libro editado en 1910 sobre la inmigración de masas en la Argentina, llamaría exóticas: rusos (en su mayoría judíos) y sirio-libaneses (en su mayoría maronitas pero secundariamente también musulmanes y

19- A lo que contribuyó no poco la amplia campaña de los periódicos de comunidades inmigratorias que, desde una óptica socialdarwinista, contraponían la selección natural de los más fuertes, que producía la emigración espontánea, con la emigración de los elementos más débiles, física y psíquicamente que, en cambio, llegaban a través de los mecanismos artificiales. Temas que encontraban una formulación más primaria en aquellas imágenes promovidas por los mismos medios, pero de las cuales se haría eco hasta el Director de Migraciones argentino de la supuesta presencia de delincuentes y enfermos en los migrantes reclutados por las agencias argentinas en Europa.

20- República Argentina, Cámara de Diputados, Diario de Sesiones, 4/9/1896, transcripto en N. Botana-E. Gallo, *De la República posible a la República verdadera* (1880-1910), Buenos Aires, 1997, pp. 365-367.

drusos)²¹. En realidad todo el esquema de Alsina reposaba en una distinción entre migraciones preferibles, neutras, y no deseables, en las que dominaba la idea de razas compatibles, que daba la prioridad a las razas latinas y desde luego a los italianos, especialmente del norte. Resultaba así irónico que las elites persiguieran siempre ideales migratorios que correspondían a flujos, cuyo momento de apogeo había ya quedado atrás, mientras que cuando eran predominantes despertaban todo otro tipo de aprehensiones.

Al problema de cómo reconstruir una identidad nacional, sepultada por la heterogeneidad, venían a sumársele otras cuestiones. Primero la emergencia de una problemática social con la aparición de una creciente conflictividad laboral y de una paralela violencia política alternativa, desde grupos de activistas anarquistas, que fácilmente eran identificados como otro resultado de la inmigración indiscriminada. Uno de los más tenaces mitos argentinos, el de la tierra de promisión, era utilizado recurrentemente por gran parte de las elites para negar la posibilidad de que la agitación social, fenómeno europeo, pudiera repetirse en las tierras americanas. Nada había aquí que justificara un malestar social, imaginaban; debía ser necesariamente importado por agitadores extranjeros

Junto a la cuestión social, emergió también otra más general: los efectos no deseados de esa urbanización creciente. Por ejemplo, un año antes del Centenario, Estanislao Zeballos, el que había sido acérrimo defensor de las políticas y los intereses de la comunidad italiana en los ochenta, describía muy críticamente la pérdida de toda disciplina, el materialismo, el mercantilismo y el tono de vida licencioso que, a través de la inmigración, habían corrompido a los ahora redescubiertos buenos tiempos antiguos.²²

La cuestión de la nacionalización de los inmigrantes y la de la reconstrucción de una disciplina social tendrá distintas propuestas resolutivas. Ellas fueron en gran medida eclécticas e independientes de las grandes adscripciones ideológicas que veían, junto con una extensión de distintas vertientes deterministas a pensadores que no habían antes adherido a las mismas, la paulatina pero vigorosa emergencia de una tradición contraria, que desde formas idealistas y espiritualistas ponían en discusión las certidumbres y las respuestas de aquellas.

Las respuestas fueron por lo demás bastante heterogéneas: primero, operar represivamente sobre los grupos alternativos a través de instrumentos como las leyes de Residencia y de Defensa Social expulsando a cualquier extranjero juzgado indeseable; junto con ello operar una vasta reforma social y política que diera cauce integrándolas al sistema a las nuevas fuerzas emergentes. Todo ello podía resolver el problema de la conflictividad social

21- Juan Alsina, *La inmigración en el primer siglo de la Independencia*, Buenos Aires, 1910, pp. 81 y ss.

22- E. Zeballos, Conferencia en el Ateneo Hispano-Americano, en "Revista de Derecho", Historia y Letras, 43, 1912.

y de la inestabilidad política, pero no el de la nacionalidad argentina. Para esto último las propuestas no eran ni variadas ni originales: inventar una tradición e imponerla a través de los instrumentos de que el estado disponía.

Los ejemplos europeos escrutados por las elites locales, mostraban tres vías maestras en la construcción de la nacionalidad: el servicio militar obligatorio, la educación y la política. Cuando en 1901 se discutía en la Cámara de Diputados la ley de implantación del servicio militar obligatorio, los defensores del proyecto enviado por el Poder Ejecutivo insistieron acerca de la necesidad de construir a los ciudadanos tratando de "refundir en una sola todas las razas que representan los individuos que vienen a sentarse al hogar del pueblo argentino"²³. Esa tarea de formación cívica atribuida a las Fuerzas Armadas tenía peligrosas implicancias futuras: proyectaba su influencia sobre la sociedad civil.

La reforma militar se complementaba con la reforma política (la que simbólicamente utilizaría el padrón militar como instrumento confiable de registro político). En general se ha enfatizado el papel regenerador del sistema político que la reforma electoral promovida en 1911 por el Presidente Roque Sáenz Peña conllevaba. Releyendo sus mensajes al aceptar la nominación como presidente en 1909, se observa que el núcleo principal de su propuesta es no tanto la reforma de las reglas del juego político para asegurar la pureza del sufragio como la instauración del voto obligatorio. Este es visto en una única secuencia argumental con la educación pública que "argentinizaba" y el servicio militar que forma "el amor a la bandera" como una escuela de ciudadanía²⁴.

La educación era, claro está, el arma principal para combatir el cosmopolitismo e imponer una cierta visión del mundo que sirviera para legitimar un orden social. Cuando se piensa en reforma pedagógica y educación patriótica, en relación con el problema inmigratorio y la identidad nacional, surge inmediatamente el nombre del médico alienista e historiador, José María Ramos Mejía. Su visión, inicialmente irónica pero optimista, del proceso de formación de la nacionalidad argentina, comienza en la paranoica y grotesca voluntad de los inmigrantes, "depositaria del sentimiento futuro de la nacionalidad" de asimilar los elementos externos, pero se consolida en sus hijos que son quienes con más entusiasmo consumen la liturgia cívica. Ciertamente, la imagen de Ramos Mejía está también ella muy lejos de aquellos optimismos iniciales, las multitudes de la emancipación son para él preferibles a las multitudes inmigrantes y el gaucho a la mezcla degradada de su tipo social con el napolitano; el medio es ahora el que regenera

23 D. Cantón, *Notas sobre las Fuerzas Armadas argentinas*, en T. Di Tella- T. Halperín Donghi, *Los fragmentos del poder*, Buenos Aires, 1969, pp. 366-367.

24 R. Sáenz Peña, *Escritos y discursos*, Buenos Aires, 1935, t. II, p. 48.

al inmigrante europeo y no viceversa²⁵. Con todo, si estos inmigrantes no son ya el factor del progreso, no son tampoco todavía en 1899, fecha de edición de *Las multitudes argentinas*, peligrosos subversivos, sino personas “fieles y mansamente creyentes” que llenan las iglesias y las plazas los domingos y que han reemplazado a las antiguas asonadas y motines con prolijas y disciplinadas marchas callejeras. Sin embargo, este firme determinista descubre en la primera década del nuevo siglo que las leyes de la evolución social no parecen suficientes para resolver el problema de la nacionalidad. El camino de Damasco lo habría encontrado en un recorrido por las escuelas de la ciudad de Buenos Aires, en el que descubre que buena parte de los maestros no habla castellano y que los niños reciben lecciones de patriotismo del Cuore de De Amicis y no de libros que exalten las gestas argentinas. Desde su puesto de Presidente del Consejo Nacional de Educación, al que accede en 1908, lanzará una sistemática campaña de Educación Patriótica cuyos ecos perdurarán en las décadas sucesivas.

Ramos Mejía no fue sin dudas el inventor de la educación patriótica, muchas de las disposiciones venían de épocas precedentes. Lo que él hizo fue desplazar el énfasis de los contenidos a las formas, articulando definitivamente una liturgia pedagógica que acompañará a los actos escolares de ahí en más (himno, cantos patrióticos, culto a la bandera, fiestas cívicas). Es decir la organización de una religión patriótica. Todo ello no fue, desde luego, una invención argentina, por el contrario, fue quizás la laica y democrática tercera República Francesa la que puso antes a punto todo el ceremonial patriótico escolar²⁶.

Aunque para Ramos Mejía la liturgia fuera más importante que los contenidos pedagógicos dentro del aula, para la mayoría, en cambio, la educación patriótica debía afectar ante todo a los contenidos. Se trataba, en primer lugar de imponer más horas de instrucción cívica, castellano, historia y geografía argentinas en el curriculum. Con todo, es claro que ello requería de la construcción de un relato que sirviera como molde intelectual en el que construir a los argentinos. Es decir proceder a inventar una tradición. Un papel central le correspondía pues a la lectura del pasado nacional, encargado de proveer un espacio de autoidentificación común a los hijos de los inmigrantes. Cualquier recuperación del pasado nacional implicaba ahora inevitablemente una revalorización de la cultura hispánica, de la indígena o de la criolla, o de las tres en una clave de contraposición a la idea del papel civilizatorio preeminente de los inmigrantes europeos de las construcciones intelectuales de la generación de 1837.

Joaquín V. González fue, ya desde los años ochenta, como ya vi-

25 - J.M. Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, 1934.(primera edición, 1899)

26 - G. Mossé, *La nazionalizzazione delle masse*, Bologna, 1975.

mos, uno de los más preocupados por el problema de la "invención de la tradición"; ahora a principios de siglo, combinaba como solución proyectos de reforma política y social, con su antiguo interés por el papel formativo de la educación, que lo convierten en una figura paradigmática del conjunto de ansiedades que atenazaba a las elites nativas. Ya en 1900 se vio llevado a escribir un texto para la instrucción pública en las escuelas primarias: *Patria*; y con el centenario de la revolución de mayo, en 1910, repropuso una lectura de la historia argentina en su *El juicio del siglo*²⁷. Las interpretaciones de González de ese pasado nacional lo llevan por la vía de proponer una lectura de la "continuidad" y no de la ruptura del pasado argentino, en el cual reaparecen como factores fundantes y formadores de la identidad argentina no sólo el período hispánico, sino aún las culturas precolombinas.

En González o Ramos Mejía hay una moderada inversión valorativa en la lectura del pasado argentino con relación a los hombres de la organización nacional, que sin condenar la inmigración reduce su papel transformador de la realidad argentina. Dicho esbozo de revisión adquiere tonos muchos más marcados en aquellos autores que pueden enmarcarse en la reacción antipositivista de fines de siglo, por ello o más probablemente porque, procedentes en algunos casos de familias tradicionales del interior, ven con más hostilidad a la concurrente inmigración europea. Es el caso de los literatos que en torno al Centenario formulan el retrato de un nacionalismo cultural argentino: Ricardo Rojas y Manuel Gálvez²⁸.

La recusación de la inmigración y de su papel en la sociedad requiere, lo hemos visto, la construcción de una lectura diferente del pasado argentino, en el cual encontrar un agente positivo alternativo al inmigrante. Esa búsqueda será divergente en ambos autores. Ahí donde Ricardo Rojas encontrará las raíces a recuperar en la cultura indoamericana originaria, Manuel Gálvez lo hará en la tradición hispano-católica; al hacerlo ambos inaugurarán dos tradiciones perdurables del nacionalismo argentino. Es claro que en el Gálvez de *El diario de Gabriel Quiroga*²⁹, los contenidos antiinmigratorios son más explícitamente hostiles que en el célebre libro de Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*³⁰. Este libro era finalmente el resultado de un encargo del gobierno nacional para estudiar el régimen de educación histórica en los países europeos, y en ese hecho mismo sugería ya una visión y una solución del problema. Más allá de los énfasis alarmistas y de su título, la obra de Rojas proponía en realidad más bien una conciliación en-

27 - J.V. González, *El juicio del siglo*, Buenos Aires, 1910; Id., *Patria*, Buenos Aires, 1900.

28 - M.I. Barbero-F. Devoto, *Los nacionalistas (1910-1932)*, Buenos Aires, 1983, pp. 15-35. Que el sentimiento no era unánime en la nueva generación lo prueban las reacciones adversas (y defensoras del papel de la inmigración) que desatará la publicación de *La restauración nacionalista*, por ejemplo en figuras coetáneas de origen familiar inmigratorio como R. Giusti o C. Alberini. Cfr. C. Barbé y M. Olivieri, *Sociologia, Storia Sociale e Scienza Politica in Argentina fino alla crisi del positivismo*, en AAVV, *Sociología, storia, positivismo*, Milano, 1992, pp. 322-323.

29 - M. Gálvez, *El diario de Gabriel Quiroga*, Buenos Aires, 1910.

30 - R. Rojas, *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, 1971, en especial pp. 211-238.

tre nativos e inmigrantes, sobre la base de la educación patriótica -en la cual la historia argentina ocuparía un lugar central -que serviría para restaurar el "espíritu tradicional" y reconstruir la nacionalidad. Con todo, en Rojas existía la voluntad no sólo de predicar la necesidad de la historia, sino de producir él mismo libros de historia y ensayos que sirvieran para construir esa tradición. El título de otra obra suya *Eurindia* reflejaba bien su proyecto y sus límites. Por mucho éxito de público que tuviera Rojas, entonces y posteriormente, su idea de introducir a las culturas indoamericanas en la tradición argentina tuvo siempre enorme resistencia en una cultura argentina poco deseosa de renunciar a su originalidad en el contexto iberoamericano.

La línea propuesta por Gálvez, en cambio, entroncará parcialmente con un movimiento más vasto. El rescate de la tradición hispanista y católica parecía muy funcional aún a aquellos que tenían menos simpatías profundas hacia ella. Finalmente, lo español devino un producto culturalpreciado desde el Centenario y la inmigración española que ya por entonces superaba en número a la italiana parecía el antídoto eficaz a los males producidos por las otras. Por ejemplo, cuando en 1917 se declaró el 12 de octubre feriado nacional como "Día de la Raza" (y no como en Estados Unidos como día de Colón) -lo que quería significar claro está, raza hispánica-, pudo percibirse en toda su amplitud esa reconciliación entre lo hispánico y la identidad de los argentinos". Con todo ese retorno de lo español no era hacia 1910 sólo, ni principalmente todavía, de su tradición integrista y reaccionaria. Más relevante era, en ese momento temprano, el movimiento "regeneracionista" de intelectuales peninsulares que tras el colapso de 1898 buscaban encontrar las vías propias para el ingreso a la modernidad del ex-imperio y ello planteaba una comunidad de perspectivas y problemas con las elites argentinas en temas como la reforma política o la reforma educativa.

Más allá de Galvez y Rojas, la figura más influyente del nuevo clima de ideas será sin dudas, Leopoldo Lugones. En el ya entonces más prestigioso poeta argentino, la tradición no entroncaría en él con la línea hispano católica, a la que era adverso ni con la indígena; lo haría en cambio con la figura del criollo, pero reconvertida en la del gaucho. Si la afirmación fundante de la nueva ideología argentina había sido la doble supremacía del inmigrante por sobre el nativo y del campesino por sobre el gaucho, ahora Lugones proponía la exacta inversión de esos términos. Como lo afirmaba al pasar su prédica podía verse como una inversión valorativa de la dicotomía sarmientina de "Civilización y Barbarie", tal cual ella había sido presentada en el Facundo. Ciertamente, en sus "Odas seculares", los inmigrantes conservan un lugar relevante en la mitología propuesta -y en especial los colonos judíos por los que Lugones tuvo siempre especial simpatía- y además nunca dejó de creer en el "crisol de

31 - José Moya, *Cousins and Strangers: Spanish Immigrants in Buenos Aires, 1852-1930*, mimeo, a ser publicada por University of California Press, cap. VII.

razas", ya que su idea de nación fue siempre más un futuro que un pasado. Sin embargo, en *El Payador*, el campesino europeo ha dejado de ser el agente de la civilización argentina, encarnada ahora en el gaucho, el hombre libre a caballo siempre superior al primero, en todas las confrontaciones históricas.

La eficacia de la inversión lugoniana fue también la de aspirar a construir una mitología nacional que se centrara en un poema épico: el "Martín Fierro" de José Hernández, y difícilmente sea posible subestimar la influencia que esa mitología tendría en las generaciones sucesivas³². Para Lugones ese poema era una expresión literaria que fijaba la evolución de una lengua propia distinta del castellano (primer elemento de construcción de una identidad nacional), contaba una historia épica centrada en el problema de la libertad y de la justicia, y a la vez proponía una figura emblemática (y socialmente extinta) en la que encarnar una tradición: el gaucho. Nuevamente aquí podía Lugones beneficiarse de un terreno largamente abonado por el rescate del papel de los gauchos en la historiografía del mito del origen de la nación en la revolución de la independencia (en la versión que de él nos había dejado Mitre), por el largo éxito obtenido por el folletín que exaltaba a su modo el mito del gaucho, del cuchillo y del coraje (sobre todo Eduardo Gutiérrez), por la popularización de esos temas en el circo criollo de los hermanos Podestá; pero, sobre todo, porque él mismo volvía a proponer la idea de excepcionalidad argentina desde una cultura diferenciada de las otras de las Américas instaladas en los territorios de las antiguas altas civilizaciones indígenas. Esa excepcionalidad era revelada a su vez por la deliberada filiación de un poema, que era para Lugones menos una creación individual que el producto literario de una obra común (de donde el poeta venía a ser, sin saberlo, la expresión de un pueblo), emparentada con la cultura griega y con las grandes obras de la literatura universal que constituían los eslabones de continuidad entre aquella y la argentina. De este modo el "Martín Fierro" era parangonado desde luego con la *Ilíada* y la *Odisea* pero también con la *Comedia* de Dante, la *Chanson de Roland* o el *Poema del Mío Cid*.

El panorama descrito no debe con todo llamarnos a engaño. Lo que caracteriza a la cultura del Centenario son también sus dimensiones plurales. Para muchos otros autores, como José Ingenieros³³, pero también para los intelectuales socialistas crecientemente influyentes, la vieja dualidad fundadora civilización-barbarie seguía teniendo su vigencia y la civilización estaba del lado de la inmigración europea. Por lo demás, ¿cómo no recordar toda la inmensa capacidad reproductora de los mitos civilizatorios originarios que las escuelas normales propagaban a través de generaciones de maestros y profesores? En cierto sentido, lo que el "espíritu del Centena-

32 - L. Lugones, *El payador*, en Id., *Antología de la prosa*, Buenos Aires, 1949.

33 - J. Ingenieros, *Sociología Argentina*, Buenos Aires, 1910, pp. 91-115.

rio" inaugura entonces es una tensión, sobre todo en las elites culturales, en las formas de percibir y valorar los componentes de la identidad argentina. En ella, empero, pocas discusiones suscitará la necesidad de nacionalizar, o si se prefiere integrar, a los inmigrantes. Ese propósito será compartido por un amplio arco que incluía a liberales, a socialistas y a católicos y el aporte que desde allí vendrá al proceso de integración debe ser ciertamente enfatizado. Ningún consenso habrá ya, en cambio, acerca de la valoración de los rasgos positivos y negativos de esa identidad construida o a construir.

Una vasta literatura desde el nacionalismo consideró siempre al partido socialista como un movimiento no sólo de extranjeros sino extranjero y efectivamente el dilema entre internacionalismo y nacionalismo - que fue en general el de todos los partidos de la Segunda Internacional-, no dejó de estar allí presente. Sin embargo en cuanto al problema de la nacionalización de los inmigrantes, el partido fue decididamente favorable a que los inmigrantes tomaran la ciudadanía argentina, utilizando su internacionalismo más para combatir las tendencias a conservar la identidad cultural, lingüística y jurídica de la nación de origen, que para obstaculizar su incorporación plena a la vida argentina. En las sesiones del Partido, al igual que en la publicación de artículos en el periódico oficial, se prohibía que se utilizase una lengua que no fuese el castellano³⁴. Su figura más carismática, Alfredo Palacios, tenía además bastante disponibilidad a la incorporación de cierta retórica nacionalista.

La actitud de la Iglesia católica no fue, al menos en Buenos Aires, diferente. A los más permisivos tiempos del arzobispado de Aneiros sucedieron, con el cambio de siglo, los más restrictivos de Monseñor Espinosa, hostil a las órdenes religiosas extranjeras y al surgimiento de pastorales específicas para distintos grupos étnicos³⁵. Cuando se habla pues de integración o nacionalización de los inmigrantes, no debe pues sólo señalarse el papel de las políticas públicas, sino indicar también el rol que otras instituciones de la sociedad desempeñaron en el mismo sentido..

Una sociedad culturalmente plural existía en la Argentina anterior a la Primera Guerra Mundial y diferentes identidades se superponían. Ese multiculturalismo era vivido cotidianamente por inmigrantes y nativos, en muchos casos más como ámbitos de sociabilidad diferenciados que como proyecto ideológico, aunque una tensión (y recíprocos prejuicios) entre aquellos de origen europeo y aquellos de origen criollo subsistiría en el largo plazo. Las políticas de las elites argentinas veían en aquella pluralidad una amenaza e intentaron resolverla por todos los medios que encontraron a su alcance. Buscaron y lograron, al precio de empobrecer aquella rica heterogeneidad, construir una nacionalidad uniforme en un país de inmigrantes.

34 - R. Walter, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Austin, 1977, pp. 68-71.

35 - F. Devoto, *Estudios...* cit. pp. 227-228.